

MIGUEL SERVET, AYER Y HOY

Por el Académico de Número
Excmo. Sr. D. Diego Gracia Guillén*

UN ANIVERSARIO

Miguel Servet nació en 1511 y fue quemado vivo en 1553. Hace, pues, quinientos años de su nacimiento. Quinientos años es siempre una fecha importante, pero sobre todo en el caso de Servet, porque ahora es cuando empezamos a situar de modo correcto su figura y a tener una idea clara de su contribución a la historia de la Humanidad. Cabe decir que ha costado quinientos años hacerse una idea cabal de su vida y de su obra. Todavía a comienzo del siglo XX, en 1911, cuarto aniversario de su nacimiento, Servet no era celebrado más que por los entonces llamados librepensadores. Tal fue el caso de Pompeyo Gener, quien publicó entonces un libro exaltando al Servet libertario¹. Ese mismo año, la revista *El Motín*, un semanario satírico, republicano y anticlerical, pretendió organizar un homenaje a Servet, el primero que iba a recibir en España. Ante el nulo apoyo que encontró y la oposición tanto de las fuerzas políticas como de las eclesiásticas, los organizadores abandonaron su propósito. Es a partir del cuarto centenario de su fallecimiento, en 1953, cuando se inicia lo que Ángel Alcalá ha llamado “el nuevo florecer del servetismo”². Ese año se publicaron varios estudios importantes, uno el de Roland H. Bainton *Hunted Heretic: The Life and Death of Michael Servetus 1511-1553*³, y otro el de John F. Fulton, *Michael Servetus, humanist and martyr*⁴. El proceso abierto entonces

* Sesión del día 18 de diciembre de 2012

¹ Pompeyo Gener, *Servet: Reforma contra Renacimiento, Calvinismo contra Humanismo*, Barcelona, Casa Editorial Maucci, 1911.

² Ángel Alcalá, *Servet en su tiempo y en el nuestro: el nuevo florecer del servetismo*, Villanueva de Sijena, Instituto de Estudios Sijenenses Miguel Servet, 1978.

³ Roland Herbert Bainton, *Hunted heretic. The life and death of Michael Servetus, 1511-1553*, Boston, Beacon Press, 1953. Trad. Esp., *Servet, el hereje perseguido*, Madrid, Taurus, 1973.

⁴ John F. Fulton, *Michael Servetus, humanist and martyr*, Nueva York, Herbert Reichner, 1953.

ha culminado medio siglo después, por obra de dos incansables promotores de la causa servetiana, Julio Arribas Salaberri y Ángel Alcalá. A este último se debió la organización del congreso internacional “Miguel Servet: ciencia, religión, tolerancia”, celebrado en Zaragoza entre el 20 y el 26 de octubre de 2003, así como la edición de las *Obras Completas* que bajo su dirección han publicado las Prensas Universitarias de Zaragoza entre los años 2003 y 2007⁵. Por todo ello resulta útil dedicar esta ponencia a la revisión del pasado y el presente de los estudios servetianos, lo que a la vez nos permitirá reflexionar sobre aquello que constituyó el santo y seña de toda su vida, a saber, la fidelidad y entrega a una profunda experiencia religiosa.

EL SERVET DE CALVINO

Lo primero sorprendente en la historia del servetismo es que la imagen de Servet que ha circulado a través de los siglos es la que labraron sus enemigos. El más conocido de ellos es, sin duda, Calvino, quien en su gran obra *Institución de la religión cristiana* dio de él una imagen absolutamente negativa, que es la que prevaleció durante los siglos XVI y XVII, tanto en el ámbito protestante como en el católico. Calvino es quien hizo de él un sofista y un loco. No hay duda de que Servet compuso su *Christianismi restitutio* frente a la *Institutio religionis christianae*, publicada por Calvino en 1536. Servet publicó su gran obra en 1553, y seis años después, en 1559, apareció la edición definitiva del libro de Calvino, que murió pocos años después, en 1564. Esa última edición fue traducida al español por Cipriano de Valera en 1597. Pues bien, al revisarla se ven dos cosas muy interesantes. La primera, el importantísimo papel que Servet juega en ese texto. No hay autor contemporáneo que resulte más citado. Y segundo, que la imagen de Servet que transmite Calvino en esas páginas es la que ha perdurado a través de los siglos. Cabe decir, por ello, que la casi nula lectura de los escritos de Servet ha sido compensada tradicionalmente con el juicio que Calvino dio de él en su difundidísima e influyente obra. Conviene recordar, además, que Calvino escribió al año siguiente de la muerte de Servet, en 1554, una apología titulada *Defensio Orthodoxae fidei de sacra Trinitate, contra prodigiosos errores Michaelis Serueti Hispani: vbi ostenditur hæreticos iure Gladii coercendos esse, & nominatim de homine hoc tam impio iuste & merito sumptu[m] Geneuæ fuisse supplicium*.

La imagen de Servet transmitida por Calvino es la que ha imperado durante siglos en el mundo protestante. De hecho, no ha cambiado hasta la

⁵ Miguel Servet, *Obras Completas*, Vol. I, *Vida, muerte y obra. La lucha por la libertad de conciencia. Documentos*. Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza, 2003. Vols. II-1 y II-2, *Primeros escritos teológicos*. Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza, 2004. Vol. III, *Escritos científicos*. Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza, 2005. Vol. IV, *Servet frente a Calvino, a Roma y al luteranismo*. Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza, 2005. Vol. V, *Restitución del cristianismo-1*, Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza, 2006. Vol. VI, *Restitución del cristianismo-2*, Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza, 2006. (En adelante citado como: Servet, *Op. Cit.*, seguido de volumen y página)

gran obra del calvinista Henri Tollin, en los años setenta y ochenta del siglo XIX, en pleno auge del protestantismo liberal. Pero el arquetipo elaborado por Calvino no sólo triunfó en la teología protestante sino también en la católica. La diferencia está en que en la órbita protestante Servet conservaba una cierta personalidad, en tanto que en la católica se le ignoraba de modo casi total. En España se le persiguió con saña, utilizando incluso a su propio hermano contra él, y se le quemó en efigie, junto con sus libros⁶. Todas sus obras pasaron a engrosar el *Índice de libros prohibidos*, que apareció por vez primera en 1559, a los seis años de publicado *Christianismi restitutio*. Esto le condenó al más completo ostracismo y silencio, habida cuenta de que la inclusión en el *Índice* prohibía no sólo la lectura sino también la tenencia de tales libros, so pena de excomunión y, lo que quizá era más temible, de caer en manos de la Inquisición. Los ejemplares de *Christianismi restitutio* y de las demás obras de Servet que posee la Biblioteca Nacional llegaron allí legados por la viuda de Luis de Usoz, tras el fallecimiento de éste en 1865. No hay duda de que su inclusión en el *Índice* dio sus frutos, hasta el punto de que se hace necesario saltar de Casiodoro de Reyna, en el siglo XVI, a Feijoo, el XVIII, para encontrar una referencia española seria a su obra, y ésta sólo referida a la parte científica, el descubrimiento de la circulación menor de la sangre. Feijoo toma la noticia de Leibniz⁷. El otro autor español que habla de él en el siglo de las luces es Latassa en su *Biblioteca nueva de escritores aragoneses*, y lo hace en los siguientes términos: “Lo único singular y memorable que contiene es un pasaje muy terminante que convence haber tenido Serveto una idea bastante clara de la circulación de la sangre”⁸. Comenta Menéndez Pelayo en el discurso preliminar de los *Heterodoxos*: “Latasa en la *Biblioteca Aragonesa*, habla de Servet, confesando no haber podido examinar sus libros. Los Índices expurgatorios habían logrado, si no el exterminio, a lo menos la desaparición súbita de nuestro suelo del mayor número de tales volúmenes, que, por otra parte, ni en España ni fuera de ella despertaban grande interés a fines del siglo XVIII”⁹. Esto es buen ejemplo de que en España sólo empezó el interés por Servet al conocerse, lo que sucedió extremadamente tarde, en 1694, que había sido el primero en describir la circulación menor de la sangre.

⁶ Para la persecución en el campo católico, cf. Bainton, *Servet, el hereje perseguido*, pp. 81-87.

⁷ P. Feijoo, *Theatro critico universal*, discurso XII: “[Leibniz] afirma como cosa bien averiguada, que el verdadero descubridor de la circulación de la sangre fue aquel famoso Hereje Antitrinitario, Miguel Serveto, que fue quemado vivo en Ginebra por orden de Calvino. Fue este algo anterior a Andrés Cesalpino. La comprensión y exactitud histórica de el Varon de Leibnitz dan una gran seguridad a esta noticia. Con que la gloria de el descubrimiento de la circulación de la sangre, que hasta ahora se disputó entre tres Italianos y un Inglés, viene a recaer en un Español. Exerció este mucho tiempo la Medicina en París. Así a su salud como al honor de su Patria hubiera estado bien, que contentándose con ser Médico no se hubiera metido a Theologo.” Cf. también *Cartas eruditas y curiosas*, Carta XXXI, “De el descubrimiento de la circulación de la sangre, hecho por un Albeitar Español.”

⁸ Servet, *Op. Cit.*, I, CXLIII-IV.

⁹ M. Menéndez Pelayo, *Historia de los heterodoxos españoles*, Madrid, BAC, 1998, vol. 1, p. 32.

EL MITO DEL SERVET CIENTÍFICO

A finales del siglo XVII se produjo un milagro llamado a cambiar radicalmente la imagen pública de Servet. He aquí que por los azares de la vida, en el interior de un alocado libro de teología aparecieron unas páginas importantes y novedosas en el orden científico. En ellas se describía, en efecto, la llamada “circulación menor de la sangre”. Por más que la descripción se halle ya en el manuscrito de París, de 1546, no fue identificada como tal más que a finales del siglo XVII, en 1694, cuando William Wotton publicó el texto, que previamente le había hecho conocer un cirujano inglés, Charles Bernard, quien a su vez lo había transcrito del manuscrito de París. Hay que decir, por tanto, que la relevancia científica del descubrimiento de Servet fue prácticamente nula, ya que décadas antes, en 1630, había publicado William Harvey su *Exercitatio anatomica motu cordis*, que si de alguien aprendió la circulación menor de la sangre no fue de Servet sino de Realdo Colombo¹⁰. En cualquier caso, como el descubrimiento del Servet científico se produjo a finales del siglo XVII, éste fue el tema preferido del siglo siguiente, el XVIII. Uno de los deportes más practicados en historia de la ciencia es la búsqueda de primeros descriptores de novedades científicas importantes. Como el tema de la circulación de la sangre fue fundamental en el desarrollo de la fisiología moderna, se comprende que el hallazgo del texto de Servet produjera una cierta conmoción. Se ha dicho que “lo que fue el descubrimiento del Nuevo Mundo para la Geografía, ha sido el de la circulación de la sangre para la Medicina”¹¹. Durante casi dos siglos, hasta finales del XIX, todo el mundo aceptó de buen grado la paternidad servetiana del hallazgo, pero en 1879 el calvinista Achille Chéreau, bibliotecario de París, atribuyó la paternidad del hallazgo a Realdo Colombo¹². Los argumentos de Chéreau fueron pronto contestados por Charles Dardier¹³ y por Charles Richet¹⁴, y entre nosotros por Menéndez Pelayo¹⁵, pero desde entonces no ha cejado la búsqueda de precedentes o precursores del descubrimiento servetiano. Este es otro deporte de la historiografía de la ciencia, la búsqueda de precursores o precedentes, el llamado precursorismo. En el caso de la circulación menor de la sangre, el más exitoso ha sido, sin duda, el del médico cairota del siglo XIII, Ibn an-Nafis. Fue en 1924 cuando Tatawi publicó los capítulos de Ibn an-Nafis en que se describe la circulación menor de la sangre¹⁶. Desde entonces el deporte historiográfico ha consistido en imaginar las vías por las que Servet pudo lle-

¹⁰ William Harvey, *Ejercitación anatómica sobre el movimiento del corazón y de la sangre en los animales*, en Pedro Laín Entralgo (Ed.), *Clásicos de la Medicina: Harvey*, vol. 1, Madrid, Centauro, 1948, p. 235.

¹¹ Miguel Servet, *Razón universal de los jarabes según inteligencia de Galeno, con un prólogo del Dr. Nicasio Mariscal*, Madrid, Real Academia Nacional de Medicina, 1943, p. 15.

¹² Achille Chéreau, *Histoire d'un livre: Michael Servet et la circulation pulmonaire*, París, G. Masson, 1879.

¹³ Charles Dardier, “Michel Servet d'après ses plus récents biographes”, *Revue Historique* 1879;10, pp. 1-54.

¹⁴ Charles Richet, “La découverte de la circulation du sang”, *Revue des Deux Mondes*, 1879;33, p. 683.

¹⁵ M. Menéndez Pelayo, *Historia de los heterodoxos españoles*, Madrid, BAC, 1998, vol. 1, p. 893.

¹⁶ Muhyi ad-Din at-Tatawi, *Der Lungenkreislauf nach Al-Korabie*. Friburgo de Brisgovia, 1924. Cf. Max Meyerhof, “La découverte de la circulation pulmonaire par Ibn-an-Nafis, médecin arabe du Caire (XIIIe siècle)”, *Bull. De l'Institut d'Égypte*, 1934;16, pp. 33-46. Max Meyerhof, “Ibn an-Nafis (XIIIth century) and his theory of the lesser circulation”, *Isis* 1935;23, pp. 100-120. Cf. también E. Edward Bittar, “A Study of Ibn Nafis”, *Bulletin of the History of Medicine*, 1955;39, pp. 352-368 y 429-447.

gar al conocimiento de ese texto del médico cairota, si es que llegó a conocerlo. Algo que hasta el día de hoy desconocemos.

El hallazgo del texto de la circulación de la sangre tuvo una segunda consecuencia, ésta no tanto en el interior de la historiografía médica europea cuanto en el de la historia de la ciencia española. Ahora resultaba ya posible recuperar la figura de Servet, y en un campo tan parco en buenas noticias como el de la historia de la ciencia española. Servet se convierte así en uno de los pocos científicos españoles de renombre universal. Del ostracismo pasa a la fama. Y de la historia de la ciencia sin más, a la exaltación, las más de las veces desmedida e hiperbólica, de la historia de la ciencia española. Baste recordar el nombre de Menéndez Pelayo. Pero en este caso el personaje más significado no fue don Marcelino sino un estricto contemporáneo suyo, el doctor Nicasio Mariscal, que en 1931 compuso y publicó una monografía titulada *Participación que tuvieron los médicos españoles en el descubrimiento de la circulación de la sangre*¹⁷. Es un excelente estudio no sólo sobre Servet sino también sobre los grandes anatomistas españoles del siglo XVI y sus hallazgos novedosos e importantes, pero que se ve lastrado por la desmesura al reivindicar para España descubrimientos científicos que no fueron tales. El ejemplo más claro de ello está en el empeño del Dr. Mariscal de hacer a Servet no sólo descubridor de la circulación menor de la sangre sino también de la mayor. Y puesto ya a reivindicar, el Dr. Mariscal se atreve a reclamar nada menos que la paternidad de la ley de gravitación universal para el capuchino fray Antonio de Fuente la Peña.

EL PALADÍN DE LA LIBERTAD DE CONCIENCIA

En la segunda mitad del siglo XX, en cualquier caso, cobra fuerza otro enfoque, el que reivindica en Servet al precursor y paladín de la libertad de conciencia. Es, si se quiere, la vieja idea que ya habían aireado los libertinos y librepensadores, bien que ahora en una perspectiva sensiblemente distinta. No se trata de pensamiento marginal sino de todo lo contrario, del surgimiento de una de las categorías básicas de toda la cultura occidental moderna. Algo de vital importancia en la época del liberalismo político e ideológico y del ecumenismo religioso.

Este nuevo enfoque ha tenido como paladines, en la bibliografía norteamericana, a Marian Hillar¹⁸, en la alemana a Hans Guggisberg¹⁹, y en el espa-

¹⁷ Nicasio Mariscal y García de Rello, *Participación que tuvieron los médicos españoles en el descubrimiento de la circulación de la sangre. Discurso leído en la solemne sesión inaugural celebrada el día 25 de enero de 1931 en la Real Academia Nacional de Medicina*, Madrid, 1931.

¹⁸ Su primera contribución en este sentido fue su artículo "The defence of Religious Toleration and Religious Liberty in Early Modern Europe: Arguments, Pressures, and some Consequences", *History of European Ideas* 1988;4, pp. 35-50.

¹⁹ Hans R. Guggisberg (Ed.), *Religiöse Toleranz: Dokumente zur Geschichte einer Forderung*. Stuttgart, Frommann-Holzboog, 1984. "La liberté de conscience (XVIe-XVIIe siècles)", *Actes du Colloque de Mulhouse et Bâle* (1989), Ginebra, Droz, 1991. "Wandel der Argumente für religiöse Toleranz und Glaubensfreiheit im 16. und 17. Jahrhunderts", *Zusam-*

ñol, a Ángel Alcalá²⁰. Alcalá ha escrito que “Servet es el primer pensador cristiano que al cabo de centenares de años proclama el principio fundamental del derecho a la libertad de conciencia”²¹. Últimamente ha tenido lugar una polémica entre Alcalá y el hispanista Henry Kamen, que en un capítulo de su libro *El Rey loco y otros misterios de la España imperial*, afirma taxativamente que “en ninguna parte de sus libros argumenta nada [...] respecto a la libertad o los derechos de conciencia”²². La postura de Kamen es exagerada por extrema y claramente inaceptable. Pero también lo es la defendida por Ángel Alcalá, que intenta hacer de Servet, siguiendo a Hillar, el origen de todo el movimiento de tolerancia en la Europa moderna.

Entre ambas posturas, lo razonable consiste en afirmar que Servet consideraba la intolerancia, y sobre todo el castigo de la disidencia religiosa con penas físicas e incluso con la muerte, como una consecuencia del tipo de teología que se fue gestando a partir del constantinismo. Servet no fue un teórico explícito del tema de la libertad religiosa, como lo fueron otros varios, ni este tema ocupa un lugar relevante en su obra, pero no porque no defendiera la tolerancia sino porque consideraba la intolerancia como uno más de los problemas de la Iglesia a partir del periodo constantiniano, o si se prefiere, de su abandono de la actitud apostólica, propia de las primeras generaciones. En cualquier caso, más que un teórico de la tolerancia, Servet fue un mártir de la intolerancia. Fue Sebastián Castellio quien, tomando el ejemplo de Servet, afirmó que no podía reprimirse así la herejía, porque era inhumano y anticristiano, y elaboró a partir de ahí todo un discurso sobre la tolerancia religiosa.

Pero si la idea de tolerancia no fue nuclear en el pensamiento ni en la actividad de Servet, sigue abierta la cuestión de cuál fue la razón de ser de su vida, qué es lo que dotó de coherencia y sentido a todo lo que escribió e hizo. Mi tesis es que tanto los que han analizado la obra de Servet desde el punto de vista teológico, entendiendo por teología la escolástica o la especulativa, como aquellos otros que han intentado ver en él un gran científico en el interior de un teólogo descarriado, o, en fin, quienes, más modernamente, han querido hacer de él un paladín, si no el primero y principal, de la tolerancia religiosa y de la libertad de conciencia en Europa, han partido de esquemas interpretativos extrínsecos al propio Servet y en buena medida ajenos a él. Con lo cual hoy, a los quinientos años de su nacimiento y tras cincuenta de lo que ha dado en llamarse el renacimiento servetiano, la cuestión sigue abierta: nece-

menbänge in historischer Vielfalt: Humanismus, Spanien, Nordamerika eine Aufsatzsammlung, Basilea, Helbing und Lichtenhahn, 1994.

²⁰ Ángel Alcalá, “El origen del derecho a la libertad de conciencia en la polémica entre Calvino y Servet”, *The Servetus Newsletter*, abril, 2004.

²¹ Ángel Alcalá, “De la polémica entre Calvino y Servet al reconocimiento en las Constituciones modernas: el derecho a la libertad de conciencia”, *Revista de la Inquisición*, 2006, 12, pp. 55-97. Expresión muy similar en Ángel Alcalá, “Servet: vida, muerte y obra”, en Servet, *Op. Cit.*, I, 2CXVIII.

²² Henry Kamen, *Nacimiento y desarrollo de la tolerancia en la Europa moderna*, Madrid, Alianza, 1987, p. 90.

sitamos superar esos planteamientos puramente externos y buscar, si es posible, un nuevo Servet, que siguiendo a Ortega podríamos denominar el Servet desde “dentro”

PIDIENDO UN SERVET “DESDE DENTRO”

El año 1932 escribió Ortega y Gasset un ensayo titulado *Pidiendo un Goethe desde dentro*. Con él pretendía remediar el defecto de las biografías más usuales sobre Goethe, que según él habían resbalado sobre su realidad más auténtica, quedándose en la pura superficialidad de los hechos²³.

Analizar a un personaje y entenderlo “desde dentro” no es introducirse en su interior, cosa a todas luces imposible, sino dar con su vocación. Dentro de alguien no está más que él mismo, pero ver el conjunto de su vida desde esa clave de bóveda que da sentido a todo lo demás, que es como Ortega entiende el “desde dentro”, eso es más fácil que lo haga otra persona que el propio personaje. De ahí que Ortega esté de acuerdo con la afirmación de Dilthey de que la función del verdadero biógrafo es entender a su personaje mejor que éste pudo entenderse a sí mismo, entre otras cosas porque él nunca pudo tener ante sí el conjunto entero de su vida, cosa que sí le es dado al biógrafo.

Y es que cada persona tiene su sino, su destino, su vocación. Porque en todo ser humano, según Ortega, hay tres niveles o planos, el de lo que uno “es”, el de lo que “debe ser” y el de lo que “tiene que ser”. La diferencia entre el primero y el segundo es sobremanera evidente. Una cosa es el ser y otra el deber ser, la dimensión óntica u ontológica y la deóntica o deontológica. No sólo son distintas sino que nunca coinciden por completo. Pero Ortega insiste una y otra vez en que el plano más profundo del ser humano no es ninguno de esos dos, sino el de lo que denomina “el tener que ser”, la vocación o el destino al que debemos fidelidad si de veras queremos no traicionarnos a nosotros mismos. De ahí su tesis de que la ética, la verdadera ética, no consiste en el deber ser sino en el tener que ser. Uno se salva o se condena, como decía Unamuno, cuando es como tiene que ser, o cuando al menos pretende serlo.

LA VOCACIÓN DE SERVET

Vengamos ahora al caso que nos ocupa, el de Miguel Servet. De lo que se trata es de encontrar la clave de bóveda que sostenga todo el edificio de su vida y de su obra y lo dote de sentido, es decir, se trata de saber cuál fue su

²³ José Ortega y Gasset, *Obras Completas*, vol. V, Madrid, Taurus, 2006, pp. 123-4.

vocación. Lo cual exige diferenciar tres momentos distintos y complementarios en su biografía, que denominaré, respectivamente, el “escándalo”, la “conversión” y el “cumplimiento”.

1. *1530: El escándalo.* Servet tiene diecinueve años cuando asiste, acompañando a Juan de Quintana, de quien es paje y secretario desde 1525, a la coronación como Emperador de Carlos V en Bolonia por el Papa Clemente VII. Desde niño le ha interesado la teología, aunque hubo de dedicarse al estudio de las leyes por dos años en la Universidad de Toulouse (1527-1529). A la vez que sigue las clases, lee incansablemente libros sobre la gran contienda religiosa que en esos años tiene lugar en Europa. En esas lecturas descubre la religión de las primeras comunidades cristianas, tan distinta de la de las instituciones eclesiásticas de su tiempo. Acompañando a Quintana asiste al acto de Bolonia el 24 de febrero de 1530. La impresión que le produjo la describió él mismo en *Christianismi restitutio*:

El Papa se hace llevar en hombros. ¡No se digna echar pie a tierra por no ensuciar su Santidad! Se hace llevar en hombros por los hombres y se hace adorar como si fuera Dios; cosa que ningún impío osó jamás hacer desde que el mundo es mundo. Con mis propios ojos he visto cómo lo llevaban con pompa sobre sus hombros los príncipes, fulminando cruces con la mano, y cómo lo adoraba todo el pueblo de rodillas a lo largo de las calles. Llegaban al extremo de que los que podían besarle los pies o las sandalias se consideraban más afortunados que los demás y proclamaban que habían obtenido numerosas indulgencias, gracias a las cuales les serían reducidos largos años de sufrimientos infernales. ¡Oh, Bestia, la más vil de las bestias, la más desvergonzada de las ramerás!²⁴

Bainton llamó certeramente la atención sobre este importantísimo texto²⁵. Un adolescente de diecinueve años asiste, lleno de asombro y a la vez de vergüenza, al espectáculo de la coronación imperial. Es la unión de los dos poderes, el eclesiástico y el civil, la espada y la cruz, algo que venía repitiéndose desde los tiempos de Constantino. Al joven estudiante de teología este espectáculo le escandaliza. El cristianismo primitivo no era así. No es esto lo que predicó Jesús y lo que vivieron los apóstoles y las primeras comunidades cristianas. Y luego está el tema de las indulgencias. Cabe decir que

²⁴ Servet, *Op. Cit.*, VI, 1093.

²⁵ Bainton, *Servet, el hereje perseguido*, pp. 37, 49.

el 24 de febrero de 1530 se produce en Servet una rebelión similar a la que vivió Lutero el 31 de octubre de 1517, cuando publica su *Disputatio pro declaratione virtutis indulgentiarum* en la puerta de la iglesia del palacio de Wittenberg.

2. *1531: La conversión.* Inmediatamente después del escándalo de Bolonia, Servet comienza a trabajar denodadamente en la composición de un libro que ya tenía concebido y, quizá, iniciado. El estilo hace pensar que lo redacta en diálogo con Ecolampadio, con quien pasó varios meses en Basilea, tras los sucesos de Bolonia y Augsburgo. El libro de Servet sale de la imprenta a finales de 1531, cuando tiene escasos veinte años de edad, y lleva por título *De Trinitatis erroribus libri septem*²⁶. Los estudiosos han analizado de preferencia su posición ante el tema de la Trinidad, pero el libro contiene párrafos en los que Servet expone su proyecto vital, la transformación que se ha producido en él y que le ha impulsado a escribirlo. Esos textos son los que ahora hemos de analizar.

La tesis central del libro es que los apóstoles no pudieron entender a Cristo con las categorías propias de la metafísica, distinguiendo, por ejemplo, naturaleza y personas. Para restituir el cristianismo a su primitiva pureza hay que abandonar tanta especulación metafísica y situarse en la sencillez mental de los cristianos de las primeras comunidades.

Elimina, te ruego, esas estratagemas sofisticas y verás una gran luz. Las palabras de Cristo, que son las más sencillas y llanas, son los cimientos de la Iglesia; imitemos a los Apóstoles que no con palabras compuestas por el artificio humano predicaban a Cristo (2 Pedro 1). Las expresiones de Dios, expresiones sinceras, hay que recibirlas con sencillez. Y testigo de ello es el Apóstol (1 Corintios 1 y 2): no es con palabras sublimes como hay que anunciar el testimonio de Cristo, sino partiendo de lo llano y como si nos hubiéramos vuelto muy pequeños y como si no supiéramos nada más que Jesucristo, y de éste crucificado²⁷.

La conclusión de este recorrido por la obra que Servet compuso con veinte años de edad es clara: hay que volver a revivir la experiencia cristiana primitiva, la de Cristo y sus apóstoles. “Quiero, sencillamente, que las viejecillas, los legañosos y los barberos sepan que Cristo es hijo de Dios y que en él se asienta la raíz y el fundamento

²⁶ Servet, *Op. Cit.*, I, LVIII-LIX y III, LXI.

²⁷ Servet, *Op. Cit.*, II-1, p. 150.

[...] Cristo, en efecto, también anunciaba a las mujeres que él era el Mesías. Párate a pensar, te ruego, cómo puede entender una viejecilla el hijo ese metafísico cuando la mayoría y los más sutiles de los heresiarcas han tropezado en ese punto²⁸. Servet piensa que “las predicaciones de los Apóstoles no transgreden los límites de las palabras del Maestro, por lo que, efectivamente, se les llama con propiedad discípulos. Nosotros, sin embargo, desvergonzadamente pasamos por encima de cualquiera de ellos dos a nuestro gusto y no tenemos nada que sepa a los discípulos de Cristo²⁹. A sus escasos veinte años, Servet concibe un proyecto, el de restituir el cristianismo a su primitiva pureza, el de revivir la experiencia originaria del cristianismo, pasando por encima de las doctrinas y el lenguaje teológico, que en su opinión han matado esa experiencia, la experiencia básica en que el cristianismo consiste.

3. *1552: El cumplimiento*. Abramamos su texto final y más maduro, *Christianismi restitutio*. El proemio finaliza con una oración de la que tenemos dos versiones, la de los manuscritos que se conservan en Viena y París y la del ejemplar de Edimburgo. La primera dice así:

¡Oh Cristo Jesús, hijo de Dios, que, habiéndonos sido dado del cielo, descubres de una manera visible la divinidad revelada en ti mismo! Manifiéstate a tu siervo para que quede bien patente tan gran revelación. Concede ahora a quien te lo pide tu buen espíritu y tu palabra eficaz. Dirige mi mente y mi pluma, para que pueda cantar la gloria de tu divinidad y expresar la verdadera fe acerca de ti. Tuya es esta causa de exponer la gloria que has recibido del Padre y la de tu Espíritu, *causa que me fue encomendada por un cierto impulso divino para que la defendiese yo, que estaba celoso de tu verdad. Comencé esta tarea en otro tiempo, y ahora de nuevo me siento movido a proseguirla, pues ya se ha cumplido el plazo* como, tanto por la evidencia del tema como por los indiscutibles signos de los tiempos, me propongo demostrar a todos los fieles. Tú nos has enseñado que no puede ocultarse la luz, de modo que ¡ay de mí, si no evangelizo! Se ventila una causa común a todos los cristianos, con la que todos estamos comprometidos³⁰.

Esto es lo que cabe llamar “el cumplimiento”: *ya se ha cumplido el plazo*, escribe Servet en 1552, en plena persecución y poco antes

²⁸ Servet, *Op. Cit.*, II-1, pp. 155-6.

²⁹ Servet, *Op. Cit.*, II-1, p. 284.

³⁰ Servet, *Op. Cit.*, II-V, pp. 8-10.

de morir. De hecho, las adiciones del manuscrito de Edimburgo, según Ángel Alcalá, fueron escritas por el propio Servet ya en la cárcel de Ginebra. Pues bien, la oración con que termina el prefacio, en este manuscrito, se inicia con una referencia a la situación de acoso en que se encuentra:

¡Oh Cristo Jesús, no me abandones, siervo tuyo que trabaja en esta tu causa, agobiado por el terror a mis enemigos y por mis penas. Pues que te pido el consuelo y la fuerza de tu buen espíritu, concédemelos.

Tras esta perentoria petición de auxilio, vuelve al texto que antes hemos transcrito, pero al llegar a la parte propiamente biográfica, lo amplía en los siguientes términos:

Tuya es esta causa de expresar tu gloria y la salvación de los tuyos, causa que me fue encomendada por un cierto impulso divino para que la defendiese yo, cuando era un adolescente de apenas veinte años, cuando ningún hombre me había enseñado nada de estos temas. Comencé a tratarla entonces y, ¡cuál es la ceguera del mundo!, en seguida se me buscó de abajo y arriba para arrastrarme a la muerte. Aterrorizado por ello, y huyendo al destierro, me oculté largos años entre extranjeros con profunda tristeza de mi alma. Viéndome a mí mismo adolescente, joven e inexperto, abandoné la causa casi por completo, por no estar suficientemente instruido. Pero he aquí, oh clementísimo Jesús, que de tal forma mandas de nuevo tú, mi abogado lleno de consuelos, retractar su propósito a tu afligido cliente, que ya prosigo presto, fortificado con múltiples lecturas y, ciertamente, sobre todo, con la confianza de tu verdad. Testigo me eres tú, para que nadie me tome por un innovador, movido por cualquier vana ambición. Testigo te invoco de nuevo de que Dios me apartó de mi proyecto, y de que por la inminente persecución, como Jonás al mar, así deseé huir, o a alguna isla nueva. Pero mandándomelo tú, cuya es la causa, no me es lícito. No me es lícito diferirlo más, pues ya se ha cumplido el plazo, como mostraré por los signos de los tiempos. Tú nos has enseñado que no puede ocultarse la luz, de modo que ¡ay de mí si no evangelizo! Se trata de la causa de la verdad, con la que todos estamos comprometidos³¹.

³¹ Servet. *Op. Cit.*, V, pp. 8-10.

LA EXPERIENCIA CRISTIANA DE SERVET

Tras lo dicho resulta claro que Servet no quiere situarse en el plano propiamente “teológico”, sino en otro que cabe llamar “teologal”, como cuando hablamos de las “virtudes teologales”. Entre uno y otro hay la misma diferencia que entre la “experiencia” y la “teoría” o teorización de esa experiencia.

¿Y en qué consiste la vivencia teologal de Servet? Por lo pronto, en ver la realidad como salida de las manos de Dios, y por tanto como divina de alguna manera. Dios es luz y toda la realidad encierra dentro de sí el reflejo de esa luz. Esto ha llevado a decir, mil veces, que Servet es panteísta. Algo inconcebible en quien afirma taxativamente la creación del mundo como algo distinto de Dios. El mundo no es Dios; eso significa “creación”, término que Servet repite insistentemente, pero el mundo sí ha salido de él y por tanto es la expresión *ad extra* de la propia vida divina. Y esto que se dice de todas las cosas, cabe afirmarlo eminentemente del ser humano, de todo ser humano y no sólo del cristiano. Todo ser humano lleva dentro de sí lo que Servet llama *deitas*, y que como tantas veces repite, se trata de una forma, de la forma con que están constituidas las cosas, la realidad. De ahí que cabría decir, utilizando un término muy caro a Zubiri, que para Servet todo el universo, y por antonomasia el ser humano, es “deiforme”³². Como Servet suele expresar esto a través de la idea de “luz”, inmediatamente piensa uno en su dependencia del neoplatonismo, tan ubicuo, por lo demás, en el pensamiento renacentista. Pero ese enfoque dista mucho de agotar el sentido que el término tiene en la obra de Servet. Hay otra dimensión estrictamente religiosa de la idea de luz que es preciso rescatar. Las cosas, todas las cosas, son “dones”, dádivas gratuitas e inmerecidas que recibe el ser humano y que deben llevarle a una actitud de respeto y agradecimiento. Toda la realidad es una inmensa donación que hace surgir del corazón agradecido un canto de alabanza. Todo es de alguna medida deiforme, en especial el ser humano. Ser capaz de percibirlo y de responder agradecidamente ante ello es el santo y seña de la religiosidad. Pocas personas han sido tan sensibles a esto como Miguel Servet.

Pero eso, que es el principio y fundamento de la religiosidad, no es su término o su coronación. Ésta no se encuentra más que en Cristo. La deiformidad culmina en Jesús de Nazaret, el Hijo de Dios, y por tanto Dios hecho carne. Dios se hizo hombre en Jesús, y por eso Jesús es el hijo de Dios. De ese modo se plenifica la luz del mundo y se redime todo lo negativo que hay en él, en el mundo. En Cristo alcanzamos no ya la deiformidad sino la “deificación”. Servet suele decirlo de otra manera, afirmando que en y por él alcanzamos no sólo la “generación” sino la “regeneración”. “De la misma luz de la vida de Cristo

³² Xavier Zubiri, *El problema teologal del hombre: Cristianismo*, Madrid, Alianza, 1997, pp. 19, 37-39, 205, 228, 313-317, 335, 424, 441-446, 450-452, 616.

nos ha surgido la vida del alma en la generación, y la vida del espíritu en la regeneración”³³. Tal es la vivencia específicamente cristiana. Él es el Hijo y ha hecho hijos de Dios a todos los que creen en Él.

Servet es un corporalista convencido y por eso le atrae la medicina, la disección anatómica y la búsqueda de explicaciones sobre la fisiología del cuerpo. Pero a la vez es un místico, que ve en el interior de todo cuerpo una huella divina en forma de luz, y en el interior del ser humano una luz aún mayor, un auténtico soplo divino. La culminación de este proceso, el punto en el que Dios se hace hombre, se hace materia, y la materia se hace Dios, es Jesús de Nazaret. En Servet no hay modo de separar medicina y mística. Tampoco hay por qué optar por uno de esos polos en la interpretación de su pensamiento. El gran tema de la vida de Servet no fue divorciar esas dos dimensiones, sino precisamente unirlos. No se trata de medicina o mística, sino de medicina y mística.

REFORMAR, RESTITUIR, RENACER

Esta toma de postura inicial, esta experiencia fundamental es la que le lanza a la reforma de la vida cristiana. Cabe decir que toda la vida y la obra de Servet se escriben en clave de “re”. Es el método con el que trabaja. Lo que Servet, concretamente, pretende es:

- “*Re-formar*” *el cristianismo*, rompiendo amarras con las corruptelas medievales, que él considera derivadas de la alianza de la Iglesia con el poder civil y de la teología con la metafísica especulativa.
- Quiere, además, “*re-stituir*” *el cristianismo* a su primitiva pureza, volver a los orígenes, a las Escrituras y a los primeros Padres de la Iglesia. Una palabra clave para interpretar toda la reforma radical, y concretamente toda la obra de Miguel Servet, es ésta de “restitución.” El término es utilizado no sólo por Servet sino también por Rothmann, Camper, Joris, Philips y Postel³⁴. “Tan difundido estuvo el restauracionismo o restitucionismo en el siglo XVI, como versión renacentista del primitivismo, que puede decirse que es una de las marcas características de la Reforma Radical. El *locus biblicus* de este restauracionismo radical es el versículo de los Hechos de los Apóstoles, 3:21, que habla (en la Vulgata) de unos tiempos escatológicos de ‘restauración de todas las cosas’ (*tempora restitutionis omnium*)”³⁵. El afán restauracionista o restitucionista permite entender, entre otras cosas,

³³ Servet, *Op. Cit.*, V, p. 312.

³⁴ Cf. George Huntston Williams, *The Radical Reform*, Third Edition, Kirksville, MO, Trumal State Univerity Press, 2000. Hay traducción española de la segunda edición: *La reforma radical*. México, FCE, 1983, pp. 409-410.

³⁵ Williams, *La reforma radical*, p. 410.

por qué Servet dedicó tanto tiempo y trabajo a la edición de biblias que reflejaran mejor el sentido original de las palabras, en especial su trabajo en la de Sancte Pagnini.

- Pero tampoco se contenta con eso. Su objetivo no es simplemente restituir las cosas a sus pureza originaria, sino “*re-hacer*” la *primitiva experiencia cristiana*: “*re-nacer*”. De ahí, por ejemplo, la importancia que en ellos tiene todo lo relacionado con el bautismo y la eucaristía.

Reformar, restituir, renacer. Eso es lo que se proponen todos los reformadores radicales, y eso es lo que caracteriza toda la obra teológica de Miguel Servet. También sirve para explicar su trabajo como corrector de textos clásicos. Y éste es también el método que utiliza en medicina. Cuando Servet hace ciencia, actúa exactamente igual que en el campo teológico. Su obra científica es, de nuevo, una sinfonía en clave de “re”. Lo que él pretende es:

- “*Re-formar*” la *medicina*, sacándola de la situación corrupta en la que la habían situado los medievales, en especial los árabes. En el prefaciúnculo de *Syruporum universa ratio* dice que escribe sobre el arte de la medicina “para rescatarlo (*reversus*) de las falanges de los árabes; vuelto ya de su cautividad, procedente de la fortaleza ocupada, y para expurgar (*repurget*) aquello que había sido manchado con las sordideces corruptas de los bárbaros. Pues habiendo sido todo esto claramente demostrado por los modernos, no me veo obligado a referirlo aquí, entrando en su polémica, ni añadiendo chinitas a sus pareceres”³⁶.
- “*Re-stituir*” la *medicina a su primitiva pureza*, representada sobre todo por Galeno, el Galeno original, el Galeno auténtico. Así, en *Syruporum universa ratio*, escribe: “Renace, pues, el arte en nuestro siglo feliz, para ilustrarse, deformado como estaba; para restituirse a su primitivo esplendor (*Renascitur vero felici nostro seculo, ut seipsum turpius deformatum, in pristinum candorem restituens illustret*)”³⁷.
- “*Re-nacer*”, *retornando a la experiencia*. Servet no acepta la autoridad por la autoridad, sino porque los textos originales se hallan más cerca de la experiencia originaria, auténtica. En medicina,

³⁶ Servet, *Op. Cit.*, III, p. 123 y p. 394. Servet, *Razón universal de los jarabes según inteligencia de Galeno*. Madrid, Real Academia Nacional de Medicina, 1943, pp. 309-10.

³⁷ Servet, *Op. Cit.*, III, pp. 122-123 y p. 394. Servet, *Razón universal de los jarabes*. Madrid, Real Academia Nacional de Medicina, 1943, p. 309.

como en teología, Servet considera que el criterio primero y último ha de ser la experiencia. No es un mero autor libresco, que se contenta con restituir la pureza de su contenido. Él busca la verdad, y ésta es siempre la verdad de las cosas, no de las palabras. De ahí su apelación continua a la experiencia. Esto es lo que le permitió rectificar las descripciones de los antiguos y descubrir cosas nuevas. Él no se contenta con la consigna de su maestro Silvio, que ponía por delante la autoridad de Galeno a la propia experiencia. A propósito de los jarabes, escribe: “En esta controvertida cuestión nadie ha llegado al fondo, si es que yo entiendo algo. Y no porque me estime tanto que me vaya a sentar en medio de sus controversias como austero censor, o, condenando a ambas partes, me haga enemigo de unos y de otros. Mas para no negar a nadie aquello que recibí *gratis datum*, o para no retener medrosamente lo que puede ser beneficioso a los mortales, arrojaré en medio de la polémica lo que estime verdadero”³⁸. Servet quiere proceder, dice inmediatamente después, *rei ipsius admiratione ductus*: “A causa de cierta divina misión de Galeno, concedida a él expresamente en la curación de las enfermedades, llevados nosotros por la admiración de la cosa misma (*rei ipsius admiratione ducti*), he aquí que nos vemos obligados a seguirle”³⁹. Adviértase que utiliza el término *admiratio*, traducción latina del griego *taumázein*, que es el término del que Platón y Aristóteles echan mano para designar la experiencia filosófica originaria. Servet no se contenta con repetir a los clásicos. Quiere ir más allá. Quiere ir a la experiencia originaria, que para él es el canon de la verdad. Esto permite explicar que termine los párrafos en que describe la circulación menor de la sangre con estas palabras: “[esta es] una verdad que no fue advertida por el propio Galeno”⁴⁰.

Suele decirse con más frecuencia de la debida que en medicina Servet es un secuaz de Galeno, como tantos otros. Decir eso así no es correcto. Naturalmente que es galénico, como todos los médicos de su época. Eso es tan genérico como decir hoy que todos los físicos son newtonianos o einsteinianos. Lo importante no es eso, sino decir cómo lo fue y qué es lo que hizo dentro de esa mentalidad común, general. Y lo primero que hay que afirmar es que fue un típico representante de un galenismo muy determinado, el llamado galenismo renacentista. Se caracterizó éste por el intento de superar el galenismo medieval, especialmente el arabizado, que consideraba lleno de corruptelas y

³⁸ Servet, *Op. Cit.*, III, p. 123. Servet, *Razón universal de los jarabes*, Real Academia Nacional de Medicina, 1943, p. 310.

³⁹ Servet, *Op. Cit.*, III, p. 122. Servet, *Razón universal de los jarabes*, Real Academia Nacional de Medicina, 1943, p. 309.

⁴⁰ Servet, *Op. Cit.*, V, p. 293.

malas interpretaciones, y volver al galenismo original. Se trataba, pues, de volver al Galeno originario. Aquí, también, Servet busca la *restitutio*. Debería hablarse de una *Galeni restitutio*. Servet tiene conciencia de médico típicamente renacentista, que se ve en la obligación de contribuir a la restitución del arte médico a su primitiva pureza, superado el gran paréntesis medieval. De ahí el antiarabismo de sus escritos médicos. Servet está convencido de la originalidad e importancia del momento en que vive. Es un pensador típicamente renacentista. Lo que él quiere es restituir el saber a su pureza originaria, superando el largo paréntesis medieval. Eso lo hace de varias maneras. Una, expurgando de errores las ediciones a su cargo de los textos clásicos. Aquí la consigna de Servet es también la *restitutio*, la restitución del texto a su pureza originaria. En medicina busca recuperar al Galeno originario, el gran astro de la medicina clásica. Es la *restitutio* médica. Bien que aquí el criterio último no es el texto escrito, sino la experiencia de la realidad.

CONCLUSIÓN

A lo largo de los quinientos años transcurridos, tres han sido las interpretaciones dominantes del pensamiento y la obra de Servet. La primera fue la que dio de él su gran enemigo, Calvino, en su obra más famosa, *Institutio religionis christianae*. Contra ella escribió Servet su *Christianismi restitutio*. El celo de las respectivas inquisiciones hizo que este libro casi desapareciera por completo, y que la imagen circulante de Servet fuera la nada imparcial elaborada por Calvino. Los menores epítetos que le prodiga son los de loco y sofista. A finales del siglo XVIII, cuando se descubrieron las páginas en que describió la circulación menor de la sangre, surgió un nuevo estereotipo, el de Servet como gran científico. Fue el dominante en los siglos XVIII y XIX, habida cuenta de lo coherente que resultaba con las categorías positivistas entonces en boga. En el siglo XX ha surgido un tercer modelo interpretativo, el de Servet como paladín de la tolerancia religiosa y la libertad de conciencia. La reciente polémica entre Ángel Alcalá y Henri Kamen demuestra que tampoco desde tales categorías es posible dar cuenta suficiente del conjunto del pensamiento servetiano. De ahí la necesidad de dar con la clave de bóveda de toda su obra, es decir, con lo que fue su verdadera vocación, aquella que dirigió toda su vida y por la que acabó inmolándose. Servet fue un reformador religioso, más aún, un miembro muy destacado de la corriente “restitucionista” que en el siglo XVI buscó ir más allá de las reformas católica y protestante, devolviendo el cristianismo a la pureza y a la simplicidad de sus orígenes, mancillados en la larga noche de los siglos medievales.

Este afán restitucionista servetiano resulta hoy más comprensible que en otras épocas. En la actualidad ya no preocupan las disquisiciones teológicas que a la altura del siglo XVI llenaban no sólo las aulas universitarias sino también las representaciones teatrales y hasta los debates en las plazas públi-

cas. No suele prestarse atención, incluso entre cristianos, al modo como alguien interpreta el misterio de la Trinidad o el problema de la predestinación. Lo que hoy se ve y vive como prioritario es algo más elemental y básico, sin lo cual todo lo otro pierde sentido. Eso más primario, fundamental, es lo que cabe denominar la experiencia religiosa, y en el caso del cristianismo, la experiencia cristiana, más acá o más allá de todas las especulaciones. Y eso es precisamente lo que ocupó y preocupó a Miguel Servet, aquello a lo que dedicó su vida y por lo que se inmoló: llevar la religiosidad cristiana a su terreno original, el de la vivencia que de ella tuvieron las primeras comunidades cristianas, la experiencia religiosa y cristiana de gente sencilla, expresada en lenguaje popular, ajeno a las grandes disquisiciones abstractas; restituir el cristianismo a sus orígenes, aquellos que en su opinión nunca debió abandonar.

Enfocado desde esta perspectiva, el pensamiento de Miguel Servet es de una extraordinaria riqueza y de enorme actualidad. Es una de las almas más profundamente religiosas y más sinceramente cristianas de la historia; todo un modelo de experiencia religiosa. Esto es lo que él quiso ser, y lo que ni los teólogos ni los científicos han sido capaces de valorar positivamente. No fue un teólogo especulativo, tampoco un paradigma de científico moderno, ni incluso un teórico de la tolerancia religiosa y de la libertad de conciencia. Fue y quiso ser algo más simple, y para él de mayor importancia, un hombre religioso, un sincero cristiano. Algo, que por lo que se ve, para casi todo el mundo resultó intolerable